

© Ángel del Río López, 2010  
© De esta edición: Ediciones La Librería, 2010  
C/Arenal, 21  
28013 MADRID  
Telf.: 91 541 71 70  
Fax: 91 542 58 89  
E-mail: [info@edicioneslalibreria.com](mailto:info@edicioneslalibreria.com)

IMÁGENES: Álvaro Benítez Álvarez, Ángel del Río López y Archivo Ediciones La Librería.

DISEÑO DE CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: Javier Fernández Lizán

IMPRESIÓN: Varoprinter

ISBN: 978-84-9873-094-4

Depósito Legal: M-41425-2010

Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

# MADRID

## para morirse... de risa y de asombro

Horror, curiosidades y excentricidades con la muerte en la historia de la Villa

Ángel del Río López

EDICIONES LA LIBRERÍA



## ÍNDICE

### PREÁMBULO

El humor macabro de la Villa y sus gentes .....	17
¿Se puede morir de risa? .....	17
La «muerte de la risa» .....	18

### CAPÍTULO I

Esquelas y recordatorios para risa, asombro y admiración.....	27
Las más extravagantes, raras y hasta políticas.....	30
La exaltación del difunto.....	37
Ejemplos de amor profundo y otras muy «familiares».....	44
Auténticos currículos .....	45
Los recordatorios pasan de moda.....	49
... y necrológicas para curiosear .....	56

### CAPÍTULO II

Epitafios y lápidas curiosas en los cementerios.....	61
El mejor epitafio del cementerio .....	65
El irreverente Muñoz Seca.....	74

### CAPÍTULO III

Frasas ocurrentes de madrileños ilustres sobre la muerte .....	77
De los clásicos a los modernos .....	78
Baldomera, la estafadora hija de Larra, animaba a tirarse por el Viaducto .....	80

### CAPÍTULO IV

La muerte en el callejero, monumentos y edificios de Madrid .....	85
La casa del Ataúd .....	85
La torre de los Huesos.....	86
Lápidas de tumbas utilizadas como veladores de café.....	86
La zona conocida como del «Adiós».....	88
El callejón de las Ánimas .....	90
Hospital de los «Podridos».....	90
... y el de las Epidemias .....	91
El callejón de los Cementerios.....	92
Callejón de los Muertos .....	92
La huerta de los Descabezados.....	93
Triste calle de Quitapesares.....	93
Por la calle de la Amargura.....	94
El macabro campo de las Calaveras .....	94
Callejón del Infierno .....	95
Callejón del Verdugo.....	96
Lugares con leyendas macabras .....	96
El Viaducto, el «suicidrófono» de Madrid .....	100
La muerte en la escultura callejera .....	110

### CAPÍTULO V

Excentricidades con los muertos.....	117
Cuerpos, cabezas y brazos de santos en el monasterio de la Encarnación.....	119
El trasiego de las reliquias de los santos Niños de Alcalá.....	119

La momia de san Diego de Alcalá, utilizada para curar al príncipe Carlos.....	122
Quemaron el rostro de la beata Mariana de Jesús al hacerle la mascarilla mortuoria.....	123
La cruel utilización del cuerpo de san Isidro .....	125
La mano incorrupta de santa Teresa, bajo la almohada de Franco...	129
Se llevaron hasta las astillas del lecho mortuario del beato Orozco .	130
Los fans se llevan la mortaja de Obregón .....	132
Los restos de san Valentín, en la iglesia de San Antón .....	133
A Enrique IV le seccionaron las piernas porque no cabía en el ataúd .....	134
«Jugando» con los muertos ilustres de El Escorial.....	134
Carlos II desenterró los cadáveres de sus parientes por «prescripción» de un astrólogo .....	136
Doña Juana la Loca y el cadáver de Felipe I.....	136
Felipe II, coleccionista de restos de cadáveres .....	138
El corazón de santa Gema, en el convento Pasionista de Madrid .....	139
El tenor que donó su corazón a Madrid .....	141
El fraile que hizo «rey» de Portugal a un pastelero de Lavapiés .....	143
Azotado por comerse a tres de sus cinco hijos.....	143
Enterrado de pie en San Pedro el Viejo.....	144
Decapitados y troceados en cuartos.....	144
La cabeza de un testigo, a los pies de la Virgen .....	145
Goya perdió la cabeza y nunca la han encontrado .....	145
El arrastre del cadáver del marqués de Perales .....	150
El jefe de policía, García Chico, fue sacado en un colchón y ejecutado en público .....	150
Viaje al patíbulo por dos reales.....	151
La desaparición del cuerpo de Quevedo .....	152
Cervantes, cadáver desaparecido .....	154
Lope de Vega dio con sus huesos en un osario.....	155
Los restos de Calderón pudieron ser devorados por las llamas .....	155

Imposible encontrar los restos de Velázquez.....	156
Pérez Galdós: se pidió que fuera enterrado en la plaza Mayor.....	157
Los restos de san Francisco de Borja, salvados por Muguruza .....	158
Teresa Mancha, el amor de Espronceda, enterrada de limosna .....	158
Utilización de la calavera de Saavedra Fajardo .....	159
El primer ahorcado en la plaza de la Cebada .....	160
La última ejecución pública, la de Higinia Balaguer.....	161
La ejecución del falso sacerdote.....	162
El populacho se cebaba con los ejecutados .....	163
Cadalso intentó desenterrar el cadáver de su amada .....	164
Gómez de la Serna, el gamberro de la muerte.....	166
El general descuartizado .....	168
Quemaron el cadáver del cura Merino y esparcieron sus cenizas.....	168
Vinuesa, otro cura preso de las iras del pueblo.....	170
25 inyecciones de un litro cada una para embalsamar a Alfonso XII	171
El doctor Velasco paseó por Madrid el cadáver de su hija .....	172
La momia de una hija de Ramsés II, perdida tras una pizarra de la Facultad de Medicina.....	174
La pierna del torero el Tato expuesta en el escaparate de una farmacia .....	175
Colgó de la torre el ataúd con el cadáver de su esposa .....	176
Jugó al fútbol, inconscientemente, con la calavera de su hermana ..	177
Cadáver descuartizado y metido en un baúl, procedente de Barcelona .....	179
El cadáver de Eugenio Noel se quedó en «vía muerta».....	179
Pedro Luis de Gálvez, con su hijo muerto en una caja de zapatos por los cafés de Madrid .....	180
El ajetreado entierro de Pi y Margall .....	181
El espectacular traslado de los restos de Primo de Rivera.....	182
El enigma del cadáver de la mano cortada .....	183
El entierro de Largo Caballero pudo terminar en tragedia.....	184
Una urna funeraria, en el estanque del Retiro.....	186

Y el «hombre del saco», en el lago de la Casa de Campo .....	186
Los cadáveres de los «amantes de Madrid» .....	187
La Gran Vía, engalanada de esvásticas durante un recorrido fúnebre .....	188
El doctor Marañón cargó dos camiones con restos óseos.....	188
De profesión: verdugo .....	189
Dos ataúdes con restos humanos, en un vertedero de Parla.....	194
Cuatro meses esperando para ser enterrada .....	195
Se batió el récord anterior: dos años a la espera de ser enterrada...	195
Exposición con cadáveres reales en Madrid .....	196
CAPÍTULO VI	
Fallecimientos históricos curiosos .....	199
Una mala corrida de toros puede matar de un disgusto .....	199
El alcalde que no tenía donde caerse muerto .....	201
Felipe II mandó construir su ataúd con la quilla de un barco histórico.....	201
Pedro Arias hacía que le encerrasen en un féretro una vez al año...	202
Los amigos del poeta le costearon su entierro .....	203
Cascorro se ofreció a morir porque era inclusero .....	204
El torero que no murió en los ruedos, sino en una barricada .....	205
Pepete, cogido de muerte por complacer a la reina.....	206
El amante que murió «por tener» un lazo .....	207
La dignidad de don Rodrigo en la horca .....	207
La angustiosa muerte de Carlos II .....	209
Carlos III, una muerte con humor .....	210
«Reinas para España hay muchas, príncipes muy pocos» .....	211
Lope de Vega murió por dejación .....	212
Cervantes se despide del conde de Lemos .....	213
El duque que quiso ser enterrado junto a los pobres .....	214
Coplas a la muerte de reyes.....	215
La muerte ficticia resultó siendo real sobre un escenario .....	217

Intento de suicidio sobre las tablas .....	218
El «sé feliz patria mía», de Luis Candelas.....	219
El funeral masónico de Prim.....	220
El doctor Fourquet hizo que le enterrasen en una fosa común .....	221
La Dolores fue enterrada en una tumba de caridad.....	221
Como una excepción, al suicida Larra le dieron cristiana sepultura	222
El accidentado traslado del cadáver de Joaquín Sorolla.....	224
«Madrid ha despedido a dos hermanos en el mismo ataúd» .....	225
Marga, morir de amor por Juan Ramón Jiménez.....	226
El singular entierro del profesor Tierno Galván .....	227
CAPÍTULO VII	
Curiosidades en los cementerios y algunos sucesos estúpidos.....	231
El Concejo se reúne en el cementerio.....	232
Hallazgos de osarios.....	234
Un cadáver, junto a restos de coronas y lápidas.....	235
El precio de los enterramientos, al «peso» .....	235
Curiosa historia del cementerio de Colmenar .....	236
«Cementerio de los moros», en Griñón .....	237
Cementerio Civil, para suicidas, amancebados, niños sin bautizar y herejes.....	238
Curiosidades en otros cementerios .....	240
Los quemaderos de la Inquisición .....	242
Los madrileños se burlan de la muerte .....	242
Goya pintó el milagro de un «resucitado» .....	244
La gran necrópolis del Este o cementerio de La Almudena .....	244
Una tumba construida en forma de gruta.....	250
Historias curiosas de otros cementerios de la Comunidad de Madrid.....	251
Paisajes con horror en la sierra madrileña.....	255
Horca, picota y cuchillo en Valdepiélagos.....	256
El arsenal de objetos macabros de Josefa Carranza.....	256

Carrozas fúnebres con curiosas inscripciones .....	257
Panteón para los hombres ilustres .....	258
Robos y delincuencia en los cementerios .....	261
En el cementerio de Canillas se rodaron escenas de la película <i>Doctor Zhivago</i> .....	265
Misterios en La Almudena.....	266
Una bola, culpable de asesinato.....	267
Curioso testamento del alcalde Acuña .....	268
El primer cadáver enterrado en un cementerio fuera de una iglesia	268
Anécdota del conde de Villamediana .....	269
El cuerpo incorrupto de Larumbe y el baúl viajero.....	270
El escritor Pedro Barrantes se despertó antes de ser enterrado en una fosa común .....	271
Humor macabro: «El cadáver está muerto».....	271
El esqueleto «humano» era de un oso .....	271
Accidente de coche fúnebre, y el ataúd al suelo .....	272
Otro accidente con coche fúnebre de por medio .....	272
Persecución policial de un furgón mortuario que había sido robado	273
Al policía «le robaron» el cadáver del suicida .....	273
Accidente entre una motocicleta y un coche fúnebre .....	274
Muerto al ser atropellado por un coche fúnebre .....	275
Calcinado junto a las tapias del cementerio de Fuencarral .....	275
Otra muerte junto al cementerio de El Pardo .....	276
Se suicidó colgándose de la cruz del portón del cementerio.....	276
El móvil le salvó, después de llevar cinco horas enterrado .....	277
El preso que se fugó aprovechando el entierro de su padre .....	278
... y no estaba muerto, no, no.....	279
El cadáver que se pasó un día sentado en un banco del Rastro .....	280
En Barajas se pierden maletas y un féretro con el muerto dentro ...	281
Objetos perdidos: una urna funeraria, la lápida de una tumba y los pechos de una mujer .....	281
El cementerio más alegre de Madrid.....	281

Una fábrica de cervezas sobre un viejo cementerio .....	283
Los «hermanos del hoyo» .....	284
Crónica necrológica taurina .....	285
El singular cementerio Británico .....	286
Dona su cadáver a cambio de que le paguen la hipoteca de su piso	288
Un periodista metido a enterrador por un día .....	288
Un enterrador vocacional en Mejorada del Campo .....	290
62 años viviendo entre muertos .....	291
Destrozaron el ataúd porque era más grande que el nicho .....	292
Cómo enterrar a un chino en el cementerio de La Almudena .....	293
Se cayó a la tumba donde iban a enterrar a Franco .....	295
Niño herido grave al caer a una tumba de La Almudena .....	296
Morir al borde de una zanja en las obras de Madrid .....	296
Cambian a un muerto por otro .....	297
Extravían un feto en el hospital de La Paz .....	299
La muerte vivía a las puertas de sus casas .....	299
Recuerdos funerarios en la vía pública .....	300
La Policía Municipal se lleva el coche fúnebre aparcado en doble fila .....	301
Gente rara: «Compro coches fúnebres» .....	302
<i>El Circo de los Horrores</i> .....	302
La liturgia del luto .....	302
Museo de la muerte. Museo de Antropología Médica Forense .....	304
Los muertos que nadie quiere .....	305
Sánchez Dragó, presentación dentro de un ataúd .....	306
El Altar de Muertos .....	306
Inocentadas de muerte .....	307
La banda del Fétetro .....	309
La cremación de un negocio fúnebre .....	309

## CAPÍTULO VIII

La muerte tenía un precio... y muy alto .....	313
Itinerarios para los cortejos fúnebres.....	314
Lo que cuesta morir en Madrid .....	316
El negocio funerario .....	318
Ataúdes de colores, de cartón y hasta biodegradables .....	320
Ir al cielo en un ataúd como el de Juan Pablo II .....	323
Un ataúd con alarma .....	323
Servicios de música y <i>catering</i> en los velatorios .....	324
Tanatopraxia, el embellecimiento de los cadáveres .....	328
Ante la catalepsia, el teléfono móvil.....	330
Columbarios en el estadio del Atlético de Madrid.....	334
Fraude en el negocio de la muerte.....	335
Madre del Amor Hermoso, patrona de la Funeraria.....	336
Polvo eres... y en diamante te has de convertir.....	337

## CAPÍTULO IX

El día en que Halloween mató a Don Juan Tenorio.....	341
El origen de Halloween .....	343
Los zombis invaden Madrid.....	345





## PREÁMBULO

### EL HUMOR MACABRO DE LA VILLA Y SUS GENTES

#### ¿Se puede morir de risa?

Se puede. La historia registra casos de personajes célebres, otros anónimos, que murieron literalmente de risa. Un adivino sentenció que un tal Calcante, allá por el siglo XII a. C., nunca llegaría a probar el vino de sus uvas. Llegada la vendimia, invitó a su rival a beber con él, y al repetirle la profecía, Calcante soltó tal carcajada que murió asfixiado. Del pintor griego Zeuxis (año 398 a. C.) se cuenta que murió de un ataque de risa mientras pintaba una escena cómica. Otros dicen que falleció de la carcajada que le produjo el hecho de que una anciana le pidiera que pintara a Afrodita, ofreciéndose ella como modelo.

El filósofo griego Crisipo (siglo III a. C.) feneció de risa después de dar de beber vino a su burro. Martín I de Aragón murió en 1410 de una indigestión acompañada de un incontrolable ataque de risa. Pietro Areentino sufrió tal ataque de risa, que se dejó la vida a causa de una congestión. En 1599, el rey de Birmania Nandabayin se rió hasta morir cuando un mercader italiano que estaba de visita le explicó que Venecia era un estado libre que no tenía rey. En 1660, un aristócrata escocés, Thomas Urquhart, murió de risa al tener noticia de que Carlos II de Inglaterra había ascendido al trono. En 1782, una señorita llamada Fitzherbert estaba presenciando la obra *The Beggar's Opera* y, al aparecer en esce-

na uno de los personajes principales, sufrió tal ataque de risa que tuvo que ser evacuada del teatro; continuó riendo de forma incontrolable toda la noche y falleció al día siguiente por la mañana.

Nos situamos en el año 1893, en la noche del 21 de octubre. El poeta y escritor cubano Julián del Casal se encontraba en una cena del doctor Lucas de los Santos. Uno de los comensales contó un chiste que provocó al poeta un ataque de risa, al que siguió una hemorragia mortal por la rotura de un aneurisma. En 1975, un albañil de 50 años de edad, Alex Mitchell, de King's Lynn (Inglaterra), veía un episodio de la serie *The Goodies*. Tanta gracia le hizo que estuvo riendo sin parar durante veinticinco minutos, hasta morir de un ataque cardíaco. Dicen que la viuda envió una carta a los *Goodies*, agradeciéndoles el haber hecho que los últimos momentos de la vida de su esposo hubieran sido tan agradables.

En 1989 un otorrino danés, Ole Bentzen, estaba viendo *A Fish Called Wanda*. Cuentan que tal fue su ataque de risa que su corazón alcanzó un ritmo de 250 a 500 latidos por minuto, lo que le ocasionó la muerte.

Y en 2003 se conoció el caso de un vendedor de helados tailandés, Damnoen Saen-um, que debió tener una pesadilla tan graciosa que se murió de risa mientras dormía.

## **La «muerte de la risa»**

A comienzos del siglo xx, en Nueva Guinea, se describió como «muerte de la risa» una enfermedad neurodegenerativa e infecciosa causada por un prión, a la que se denominó «kuru», que en la lengua aborigen de este país significa «temblor, con fiebre y frío», que es uno de los síntomas con los que se manifiesta. La investigación científica del «kuru» no comenzó hasta los años cincuenta. Parece que su desarrollo es muy lento y puede tener un periodo de incubación de hasta 30 años. Cuando se diagnostica, puede resultar ya letal y los afectados mueren en el plazo de un año. Aunque en principio se creyó que era una enfermedad hereditaria, pues solo afectaba a los miembros de una tribu de Nueva Guinea, las investigaciones del doctor Carleton Gajdusek determinaron que es-

taba causada por un agente infeccioso, transmitido por la ingestión de tejidos cerebrales de personas difuntas, que algunas tribus llevaban a cabo con el ánimo de adquirir la sabiduría durante los ritos funerarios, un agente infeccioso al que posteriormente Stanley B. Prusiner llamó prión. El 80 por ciento de las personas que fallecieron a causa de la «muerte de la risa» eran mujeres, generalmente encargadas de preparar los cadáveres para su ingesta. Actualmente se considera una enfermedad prácticamente erradicada.

Una cosa es morir de un ataque de risa y otra el que haya muertes, o formas de morir, que producen risa, asombro, curiosidad, así como todo lo relacionado con lo de «irse al otro barrio» y la liturgia funeraria. En esto los españoles somos expertos y en una ciudad como Madrid, a lo largo de su historia se han producido situaciones dramáticas, duelos, momentos dolorosos y momentos fúnebres que van desde el humor hasta el estupor.

Los madrileños, y quienes visitaban la Villa en aquellos tiempos donde las calles estaban sucias y nadie se esmeraba en velar por la salud pública, decían de Madrid que era: «La ciudad del polvo y de la muerte». Una ciudad donde los enfriamientos causaban muchos decesos al cabo del año, y con ironía los castizos le pusieron humor a esta circunstancia: «El aire de Madrid es tal sutil, que mata a un hombre y no apaga un candil». A pesar de todo, reconfortaba el famoso dicho popular: «De Madrid al cielo,/ porque es notorio/ que va al cielo quien sale/ del purgatorio», y su coplilla añadida: «En Madrid, con ser Madrid,/ a quien se muere le entierran,/ le cantan el “recorderis”/ y le echan la tremenda». El hecho de que la frase más famosa que define a esta Villa se produjera en el lecho de muerte de una madrileña, habla de la importancia y presencia que la parca ha tenido siempre en la idiosincrasia del pueblo, que ha desarrollado un fino sentido del humor, de la ironía, la jocosidad, y a veces hasta del asombro, a la hora de enfrentarse a la muerte y a todo lo que la rodea. Esa frase, casi eslogan promocional de la Villa y Corte, «De Madrid al cielo», se le atribuye a la beata Mariana de Jesús, nacida en la calle de Santiago, el 8 de diciembre de 1564. Fue amiga de la infancia de Lope de Vega. De ella se dice que obraba milagros, curaba a los enfermos o intercedía por ellos. En su agonía, el 17 de abril de 1624, pronunció una última frase antes de expirar: «De Madrid al cielo», según testimonio de las her-

manas que la acompañaban. Durante muchas horas su cadáver permaneció «caliente y perfumado». Tanto fue el gentío que acudió a velarla, algunos con la pretensión de que obrara sobre ellos un milagro, que tuvo que ser enterrada en secreto cinco días después bajo el altar mayor de la iglesia de la Merced. Cuando en 1924 fue trasladada al convento de las mercedarias de don Juan de Alarcón, su cuerpo estaba incorrupto. Habían pasado justo 300 años.

Del sentido del humor propio de los hijos de esta Villa, queda un ejemplo, el protagonizado por el escritor Tomás Bretón y el doctor Pedro Mata. Ambos vivían en el mismo inmueble y no tenían demasiada buena vecindad. Con frecuencia los amigos que iban a visitar al literato solían confundirse de puerta y llamaban a la del médico. Este llegó a cansarse de tan molesta circunstancia, y colocó en su puerta un letrero bien visible: «En aquesta habitación/ no vive ningún Bretón». Y el aludido hizo lo propio, poniendo en su puerta otro cartelito: «Vive en esta vecindad/ cierto médico poeta,/ que al pie de cada receta/ pone Mata... y es verdad».

Sin tener que remontarnos en el tiempo, encontramos el «atractivo» reclamo de una empresa de pompas fúnebres: «Si su suegra es una joya, Funeraria Fernández tiene su estuche». Fuera de nuestras fronteras madrileñas y españolas, en la vecina Portugal, en Lisboa concretamente, otro reclamo con orla de humor negro: «El cadáver es suyo. El entierro es nuestro... Garantizamos comodidad al difunto».

Con el gracejo entre irónico y macabro del pueblo madrileño, los antiguos conocieron al cementerio de La Almudena tal y como lo había bautizado César González-Ruano: *Los almacenes Sepu de la muerte*. Por cierto, este dejó dicho que no le enterrarán en él, pero en él fue enterrado, en la sepultura 122 de la tercera sección del Patio de la necrópolis.

Curiosamente en Madrid, los únicos bares que permanecen abiertos toda la noche son los de los tanatorios, para alivio de quienes velan difuntos, hacen el acompañamiento y necesitan un redentor café con que ahuyentar el sueño, o una tila para calmar el dolor, pero también son parada de noctámbulos ajenos a los duelos, que toman su última copa en el sitio que siempre encuentran abierto y que jamás «cierra por defunción».

Durante la «movida» de los años ochenta se puso de moda la frase «Madrid me mata», y algunos añadieron: «Y el Ayuntamiento me remata», en referencia a los impuestos.

De los dichos populares sin demasiado sentido escogemos aquel de «Antes morir que perder la vida». Y de las frases pendencieras la pregunta que se les hace a los bravucones o chuletas: «¿Dónde entierra usted?». Para ironía, la que se dedicaba a aquellos que vestían prendas usadas de otros: «Le estaba mejor al difunto». Los madrileños llamaron al de Madrid *El Metro de la muerte*, y no porque durante la guerra civil este popular medio de transporte, que no dejó de funcionar durante toda la contienda, no dejara de servir como refugio cuando se producían bombardeos y por lo tanto salvara muchas vidas, sino porque durante el asedio, en los vagones se transportaban ataúdes con cadáveres con destino a los cementerios situados al este de la ciudad. Pocas semanas después de comenzar la guerra civil, se inauguraba el primer tramo de la línea 3, entre Sol y Embajadores. Sus primeros viajeros serían cadáveres.

La antigua cárcel Modelo, ubicada en Moncloa, tenía fama de ofrecer unas condiciones durísimas a los reclusos, así como un trato excesivamente cruel. Entrar a ella era fácil; salir, resultaba más complicado, de ahí que los presos cantaran: «Si de esta salgo y no muero,/ modelo de cárcel dura,/ diré que a mi sepultura/ la vi, y al sepulturero».

Conocida la riqueza gastronómica de la tierra madrileña (el cocido, los callos, los caracoles, la gallina en pepitoria, las gallinejas, entresijos, mollejas o las criadillas), hay un plato típico de la cocina manchega, muy cervantino, que se incorporó a la gastronomía de Madrid haciéndolo suyo, quizá más por su contenido que por su contenido, es decir por su nombre popular: duelos y quebrantos, cuyos ingredientes principales son huevo revuelto, chorizo y tocino entreverado, que se hizo famoso en *el Quijote* y que los madrileños comenzaron a degustar como plato adecuado para saciar el hambre de quienes acudían a un duelo, y entre quebrantos, daban gusto y placer a la cosa de la gula. Parece que originalmente tomó el nombre de los duelos y quebrantos que sufría el propietario de un animal muerto de forma inesperada, que para no desperdiciar la carne, la freía rápidamente en compañía de un huevo. Otros historiadores datan

este manjar en el siglo XVIII. Lo de *quebranto* se refería al ayuno impuesto sobre las carnes de cerdo en las religiones judía e islámica, y lo de *duelo*, el haber violado ese ayuno.

También hay un tipo de pastelería «funeraria»; son los dulces típicos que se consumen en el día de Difuntos o en el de Todos los Santos, y entre ellos los llamados *huesos de santo*, hechos de mazapán, de color blanco y forma alargada y cilíndrica, de unos cinco o seis centímetros de longitud, que recuerdan una tibia, rellenos de una crema de yema, a semejanza del tétano de los huesos. Su origen se remonta a comienzos del siglo XVII y los expertos aseguran que empezaron a elaborarse en Madrid.

También hay otros dulces característicos ligados a la celebración del primero de noviembre, como por ejemplo los buñuelos de viento, que originalmente estaban huecos, «rellenos de viento», y que en la actualidad admiten muchas variedades de relleno. En la recetas del palacio del rey Felipe III ya se encuentran referencias a este dulce hecho de harina y azúcar y que se fríe en aceite bien caliente.

Los «panallets» son típicos de Cataluña, aunque en las dos últimas décadas se han introducido en la cocina de Madrid y en el gusto de los madrileños. Están elaborados con azúcar, mazapán, limón y huevo.

En el argot castizo madrileño y en otros extraídos de la jerga carcelaria o del leguaje *cheli*, podemos encontrar distintas formas populares de conjugar el verbo morir, por ejemplo: *espicharla*, *diñarla*, *estirar la pata*, *liar el petate*, *ir para el ciprés*, *criar malvas*, *irse para el otro barrio*, *quedarse pajarito*, *palmarla*, *tumbar el cuello* o *hincar el pico*. Esta última expresión dio lugar a uno de los pies de foto más satíricos y ocurrentes de la prensa madrileña. El rey Alfonso XIII inauguró el inicio de las obras de apertura de la Gran Vía y para ello, provisto de un pico de plata, dio el primer golpe a la primera casa que había de ser derribada. Al día siguiente, el periodista y cronista de la Villa, Serrano Anguita, ilustraba con la foto del acto de apertura de las obras su artículo, que titulaba: «Alfonso XIII hinca el pico».

Y en los juegos de calle, abundaba esa copla macabra que ha sobrevivido al paso del tiempo: «Qué bonito es un entierro,/ con sus caballitos blancos,/ con sus caballitos negros,/ con su cajita de pino/ y su muertecito dentro».

Me encuentro con un texto de Jerónimo de la Quintana, en el que hace una descripción tan macabra como realista del hallazgo de un enterramiento fechado en el año 735: «Estaba el cadáver en un ataúd de madera, cubierto todo de yeso, un cuerpo entero con toda su armadura y la carne acecinada y enjuta, la vestidura toda comida, ceñido con una correa de cuero, si bien comida la color de la tinta, a modo de la de san Agustín, que se presume que sea la de algún santo de los canónigos seglares de ella».

Existe una auténtica antología, alguna de ella muy madrileña, sobre creencias populares que tienen que ver con la muerte o con lo macabro. En una se afirma que para que un difunto nos deje en paz, para que se abstenga de hacernos visitas no deseadas, conviene besar los zapatos del muerto durante el velatorio; otro remedio es rezarle tres padrenuestros todas las noches. Absténgase de llevar niños a un entierro, porque si la sombra de un ataúd se proyecta sobre un pequeño, al inocente le habrá caído un tremendo maleficio que solo conjuraban los antiguos metiendo a la criatura en un horno de pan de maíz tres veces, durante fracciones de segundo; a veces el remedio era peor que la enfermedad, y la quemadura más dolorosa que el maleficio. Seguro que los más golosos se apuntan a la creencia de que por cada buñuelo que se coma en el día de Todos los Santos, se sacará un alma del purgatorio. Sobre la condición saludable de los cadáveres, hay multitud de creencias. Me quedo con la que asegura que el enfermo que tenga el atrevimiento, la sangre fría y el estómago suficiente para morder el dedo gordo de un muerto, sanará, y si el «fiambre» era el de un ajusticiado, los efectos serían más inmediatos.

Cuidado con utilizar materiales o elementos procedentes de cementerios para construir otras obras, como muros, cimientos o paredes, porque la obra acabará encantada y poseída por los espíritus de quienes estuvieran enterrados en los cementerios de donde proceden los materiales de desecho. Tampoco conviene pisar una tumba, porque puede acarrear una desgracia. Parece constatado que el ciprés es el árbol típico del camposanto. ¿Por qué? Su copa piramidal, dirigida recta al cielo, significa que solo allí se encuentra el descanso.

Hasta principios del siglo XVII solo los muertos de familias adineradas o de la nobleza, eran enterrados en ataúd. Si a un pobre se le otorgaba el mismo privi-

legio, era considerado como pecado de vanidad y jamás podría descansar en paz, por lo que se recurría a lo más primitivo y barato: meterlo en el hoyo envuelto en una sábana.

El pobre cuervo ha estado siempre ligado al maleficio funerario, como el barrunto de una desgracia negra que llegaba volando. Las creencias más antiguas aseguran que si un cuervo sobrevuela una casa o un rebaño, es porque huele la tragedia y los habitantes de la casa pueden estar sentenciados a una muerte temprana y los animales a una terrible enfermedad; si el ave graznaba sobre el tejado de la casa donde acababa de morir alguien, el alma del difunto estaba haciendo su entrada terrorífica en el infierno. No es bueno ver volar a un cuervo, pero mucho menos soñar con ellos, porque es la advertencia de un peligro inminente.

Y puestos a rescatar creencias populares, en los entierros encontramos un auténtico filón, como que resulta nefasto retrasar una inhumación, porque en breve puede producirse otro muerto en la familia. Si durante el sepelio los rayos del sol dan sobre el rostro de cualquiera de los asistentes, es persona muerta. Mal fario da ver pasar un cortejo fúnebre, o asistir a un entierro sin haber sido invitado, o correr cuando se acude al mismo. Cruzarse con un ataúd vacío, significa que pronto será ocupado por el desgraciado peatón. Quien sueña con que asiste a un funeral, sufrirá grandes descalabros económicos, lo mismo que quien sueña que le entierran vivo.

Se decía que la musiquilla del afilador cuando pasaba por los barrios, presagiaba la muerte y al día siguiente algún vecino perecería.

Existieron en Madrid los llamados «penitentes de sangre», miembros de las hermandades que participaban en las procesiones de la Semana Santa y que se iban flagelando durante el recorrido, ante el estupor de unos y las risotadas de los más indiferentes a este tipo de ritos. Todas las procesiones de la época hacían el mismo recorrido y terminaban en el antiguo alcázar. Ofrecían los «penitentes de sangre» todo un espectáculo. Entre ellos se mezclaban los «penitentes del amor», sin devoción religiosa, y que se flagelaban para impresionar a la mujer amada. Iban a casa de esta ofreciéndoles el sufrimiento como prueba de amor, incluso llegaban al extremo de salpicar con su sangre a la amada, hecho

que fue muy criticado, por morboso y repugnante, por Lope de Vega y Quevedo. Se cuenta que más de uno murió desangrado o a consecuencia de las infecciones contraídas por culpa de la flagelación, aunque en estos casos se daba por bien empleada la vida como modo de sacrificio cruento.

La sabiduría popular del refranero castellano encuentra un auténtico filón en la muerte, el tránsito, el dolor y los difuntos: El Papa y el monaguillo se van del mundo por un mismo portillo. A pájara muerta, jaula abierta. Muerte que me han deseado, salud que me han asegurado. Guárdate, Antón, de morir por ocasión. Al vivo, mucho le falta; y al muerto, todo le sobra. Dejando su alma a Dios; su cuerpo, a la tierra, y a sus hijos sus bienes, solo la mortaja le queda al que se muere. La tumba es juez tan severo que a todos los mide por un rasero. Para todos hay cementerio. En sana salud no se piensa en el ataúd.

El periodista Arangüena, autor del libro *Señor, no te preguntamos por qué te las has llevado. Te damos las gracias*, dice que «los cementerios de Madrid son auténticas ciudades dormitorio; gigantescos, en las afueras, con unas avenidas espléndidas. Morirse en Madrid y que encuentren el entierro, en la Almudena, tiene que ser soberbio».

Hay también una simbología de la muerte. El esqueleto representa la mortalidad y la vanidad de las aspiraciones; la calavera, el carácter temporal del cuerpo; el pavo real, la inmortalidad y el reloj de arena, el paso de tiempo hacia la muerte.



## CAPÍTULO I ESQUELAS Y RECORDATORIOS PARA RISA, ASOMBRO Y ADMIRACIÓN

Siempre se ha dicho que muchos lectores compraban el *ABC* con el único interés de curiosear en sus esquelas, o de comprobar en ellas si había fallecido alguna persona conocida. Y es que, quien no aparecía en las esquelas de este periódico, no se había muerto como Dios manda, incluso que no se había muerto. En el personaje del marqués de Sotoancho, creado por Alfonso Ussía, se dice que su madre siempre acostumbraba a repetir: «Nadie se muere de verdad si no se publica su esquila en el *ABC*». Hay un chiste clásico que tiene como protagonista a un individuo que cada día iba al quiosco para que le dejaran ver las esquelas de los periódicos. Una mañana el quiosquero abre el periódico y se encuentra con la sorpresa de que aparece la esquila del curioso vecino, y hace el siguiente comentario: «¡Este tío es gilipollas!, para un día que sale él, no viene a comprar el periódico».

Francisco Umbral contaba que César González-Ruano escribió su propia necrológica por la mañana y se murió por la tarde, para salir el domingo en el *ABC*. El desaparecido maestro del humor gráfico, Chumy Chúmez, decía: «Las esquelas sirven para que unos rían y otros lloren».

Gracias a las esquelas, la gente se entera de la muerte de algún ser conocido, y que de otra manera no tendría conocimiento. Es una deferencia informativa por parte de quienes pagan las necrológicas y una oportunidad de dar las condolencias por parte de quienes las leen. Se establece así una relación causa-efecto, incluso suponen un acicate para el lector que husmea en las páginas de



los periódicos dedicadas a tal menester, con la única satisfacción de curiosear sobre los que se han ido al otro mundo y en alguna ocasión encontrarse con la sorpresa de que el muerto es conocido.

Como hay estudios para todo, uno de los que determinan la predilección de los lectores de los periódicos sobre las secciones del mismo, asegura que las esquelas, los deportes y los sucesos, son, por este orden, las más leídas en la prensa de papel.

Aunque actualmente el *ABC* sigue siendo «el periódico de las esquelas», lo cierto es que la inserción de estas se hace en todos los diarios, con mayor o menor profusión. Muchas contienen en sí mismas una especie de breve crónica social o de ensalzamiento del difunto, donde además se ofrecen detalles sobre creencias, profesión y currículum del finado, a fin de que no sea un desconocido para quienes las leen sin otro interés que la curiosidad. Admiten también textos ingeniosos y hasta humorísticos, fruto de la ocurrencia de sus redactores. Las hay para morirse de risa o de estupor. Los más ocurrentes las consideran «ce-

menterios de papel» o «epitafios en prensa». Hay esquelas curiosas, tradicionales, con cruz o sin cruz, para creyentes y agnósticos, ungidas de humor, con los moteos o sobrenombres de los muertos, con versos y oraciones, con mensajes a los difuntos, expresiones de dolor o de admiración. El diccionario define la *esquela* como «carta misiva pequeña en la que se comunica algo». En más de una ocasión ha ocurrido que la página necrológica de los periódicos ha servido para bromas macabras, como la de insertar la esquela de una persona que estaba viva, porque algún amigo bromista o un enemigo sin escrúpulos la ha dictado por teléfono y la ha pagado con una tarjeta de crédito o a través de Internet, hasta que el sorprendido «fallecido» ha visto su deceso publicado y ha exigido de inmediato una rectificación, eso sí, tras haber acreditado convenientemente que estaba vivo, acreditación que no se exige a la hora de dar por muerta a una persona en la esquela que alguien paga, es decir, que no es preceptivo el certificado de defunción para publicarla.

La redacción de las esquelas ha evolucionado con el paso del tiempo, sobre todo en lo que se refiere a los textos comunes de la mayoría de ellas. Así observamos una que refleja el fallecimiento de doña Alfonso López, el 16 de enero de 1910. Sus desconsolados hijos, hijas políticas, hermano, nietos y demás parientes: «Suplican a sus amigos la encomienden a Dios Nuestro Señor y asistan a la conducción del cadáver, que tendrá lugar hoy, 17 del actual, a las tres de la tarde, desde la casa mortuoria, calle de Atocha, 122, al cementerio de la Sacramental de San Lorenzo, favor por el cual les quedarán eternamente agradecidos. El duelo se despide en el cementerio. No se reparten esquelas. Se suplica el coche».

Frente a esta esquela tradicional de primeros del siglo pasado, otra de la modernidad, publicada en 2006, un año después del fallecimiento de una joven durante la operación retorno de las vacaciones de Semana Santa de 2005: «Helena Castillo Zapata. El alcohol que otro bebió, a ella le mató el 17 de abril de 2005, en un mal llamado accidente de tráfico. Tenía sólo 20 años. *No es más grande el que más espacio ocupa, sino el que más vacío deja cuando se va.* Flor y José María, padres de Helena». Estos padres eran colaboradores de la organización Stop Accidentes. La joven murió en un choque múltiple en la carretera de

Colmenar Viejo, a la altura del kilómetro 31,700. Parece que la persona que provocó el accidente conducía con un nivel de alcoholemia cuatro veces superior al permitido.

## **Las más extravagantes, raras y hasta políticas**

La esquila en prensa tiene más de cien años de existencia y hay un rico anecdotario en torno a esta forma de comunicar una defunción. De vez en cuando uno se topa con una de esas que por su curiosidad o sentido del humor, nos hacen sonreír y se convierten en auténticas piezas de colección. Entre todas me quedo con una, mi preferida. Pertenece a la difunta Herminia Diego Diego, que falleció en Valladolid, en 1999, a los 80 años de edad, y en cuyo texto se puede leer: «Su desconsolado esposo, Antonio Conde Ceinos, ruega una oración por su alma (Los hijos “pasan”)». Así de escueto y de duro: **Los hijos «PASAN»**. De qué manera «pasarían» para explicitarlo así el padre en la esquila mortuoria de la madre.

Encontramos otra bastante parecida en la que se especifica que el fallecido era cabo (jubilado) del Cuerpo de la Policía Local del Ayuntamiento de Colmenar Viejo (Madrid), y entre los que ruegan una oración por su alma se encuentran «su esposa, hijos, hijos políticos, nietos, hermanos (**excepto el menor**), hermanos políticos y demás familia». Otra en la que se define al muerto como: «Mozo de equipajes de la estación de Atocha». Algunas muy elocuentes y con fino sentido del humor: «Amigos, pocos. Parientes, demasiados». «Nunca te sentiste querido porque no confiabas en nadie».

Otra de las que tienen su aquel: «Edith Napoleón (**trabajadora sexual**), nacida en Sierra Leona y asesinada en Madrid en agosto de 2003». ¿Hacía falta explicitar en la esquila que era «trabajadora sexual»? ¿Era un mensaje a sus clientes? Lo cierto es que esta desgraciada, de 22 años de edad, fue asesinada por un tal José Luis Pérez Carrillo, de 35 años, empresario residente en Boadilla del Monte. Recogió a su víctima en el madrileño parque del Oeste, donde ejercía la prostitución, la llevó hasta su casa y allí la asfixió, descuartizó su cadáver y lo arrojó a un contenedor de basuras. El asesino fue condenado a 15 años de prisión.